

4-41-96

15
3-73

La Juventud Literaria

DISCURSO

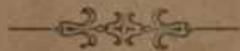
DE

Rodolfo Gil

EN EL

LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO
DE GRANADA.

17 marzo 1900.



GRANADA.

IMP. DE EL DEFENSOR DE GRANADA.
1900

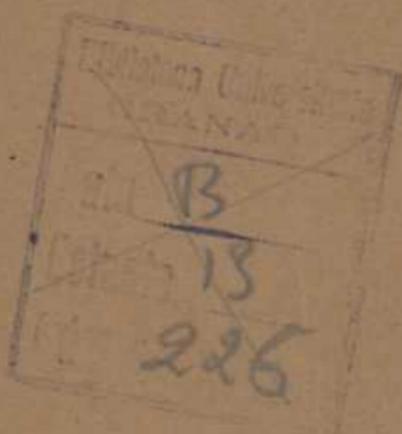


BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B

Estante: 11

Numero: 511



La Juventud Literaria

DISCURSO

DE

Rodolfo Gil

EN EL

LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO
DE GRANADA.

17 Marzo 1900.



GRANADA.

Imprenta de El DEFENSOR DE GRANADA
1900.

A José Contreras,
el mejor orador de mi
tierra, en prueba de
admiración y afecto.
R. Gu.

A mi muy querido
amigo Nicolás

Rodolfo

La Juventud Literaria.

SEÑORES:

Motivo de noble orgullo es para mí verme entre vosotros: en esta ciudad, que, durante muchos años, ha sido vision encantada y suprema aspiracion de mis ensueños de poeta; en esta tierra, hermana gemela de mi patria; en esta sociedad ilustre, cuyo nombre en su apogeo llegó más allá de los límites de nuestros territorios, y cuyos esfuerzos en pro de la cultura y del arte fueron la página más brillante de la historia literaria de Granada en la segunda mitad del siglo que termina.

La admiracion que en mí despertaba todo lo vuestro me trajo aquí; la franca hospitalidad y un afecto noble me retuvieron apegado á este suelo que no se parece á ninguno y por ningún otro es superado en hermosura; y las distinciones con que excedeis la medida de mis escasos merecimientos y acrecentais mi gratitud, son á guisa de red mágica que va envolviendo

mi ser y mis ideas de modo que, si las olas de la vida me arrojaran un día á nuevas playas, de mis labios se escaparían—como un suspiro, arrancado por el recuerdo de Granada—las palabras del inmortal filósofo de Hipona: «Mi corazón está inquieto hasta que descanse en tí.»

Que el espíritu, agitado y constreñido por la perspectiva de las luchas que ha de librar á cada paso contra falaces y disparatadas teorías, salidas de la regeneración *ad usum*, como de nueva abierta caja de Pandora, anhela respirar el aire puro del verdadero arte, fuera de las nieblas en que muchos poetas y sofistas ocultan el ideal; cerrados los oídos á la gárrula palabrería con que la audacia ignorante ó la estulticia presumida avanzan sobre el botín literario; apartada la vista del endiosamiento de la personalidad, de las dislocaciones del lenguaje, de las manchas de almazarrón con que nuestros coloristas modernizados disimulan la falta de asunto ó de ideas; de ese vandalismo anárquico que, con la piqueta de la duda, va triturando las columnas miliarias de nuestra tradición, convirtiendo en yermos nuestros floridos vergeles, cubriendo con argamasa los grandiosos monumentos clá-

sicos de nuestra literatura de oro, destruyéndolo todo acá y allá, para levantar sobre las ruinas de los sentimientos é ideales á que la humanidad rindió culto luengos años la estatua de un hinchado egoismo, y borrar la ruta que en el proceloso mar de tanta perturbacion pudiera conducir el bajel intelectual á seguro puerto.

Mas no es todo negruras en este cuadro, señores.

Como en el Liceo de Córdoba hace ya algunos años, como en el Ateneo de Madrid el año anterior, me presento ante vosotros á inaugurar los trabajos de la seccion de Literatura, ciertamente sin los prestigios que da el talento, sin la autoridad que el tiempo concede, pero sí con todo el arranque de mis entusiasmos juveniles, que en las literaturas regionales y en la literatura patria general columbran ya en los lejanos horizontes claridades crepusculares de días espléndidos.

Sin ello, el respeto religioso que esa gloriosa tribuna me inspira, la presencia de un público tan culto como vosotros y la consideracion de mi pequeñez intelectual, mirada desde las alturas á que con su palabra maravillosa y con los vuelos de su mente

os llevaron y seguramente os habrán de transportar cuantos me precedieron y seguirán en este sitio honrosísimo, serían causas poderosas para que yo esta noche no hubiera cansado vuestra atención.

Vaso tosco de alfarero será mi discurso: no reparéis en el humilde barro de que está hecho; sed indulgentes y gustad solamente el vino generoso de las ideas en él contenido. Poniendo en sus bordes vuestros labios, acaso encontrareis lo amargo en la superficie; ahondando, apurándolo, hallareis sin duda en él la fresca dulcedumbre de la juventud y los viriles alientos de la vida.

¡La juventud! ¿Qué extraño es que pensara en ella, al elegir tema para esta conversacion, si la juventud llena toda nuestra existencia con su espíritu. De niños, toca con sus dedos de rosa nuestro corazón y lo atrae y cautiva, en él encendiendo la llama del deseo y despertando el ansia de vivir. De adolescentes, pone en nuestra boca escalas de besos, imprime en la sonrisa el sello de la gracia; venda con gasas de seda nuestros ojos y un sopor suave y delicioso engendra visiones de amor; nos habla al oído y su voz entra en el alma como alegre

rumor de pájaros que anuncian la primavera; acaricia nuestra imaginación y florecen las ilusiones; nos abraza y nos enloquece. Ella es la columna de humo y de fuego que, día y noche, nos señala el camino de la tierra de promisión. Tristes de nosotros, que aceleramos la marcha, y la dejamos atrás y la perdemos de vista! En su vejez, el hombre desde la hondonada del valle la vislumbra allá lejos como si coronase el pico de la montaña: no es ya sol que disipe las sombras que le rodean; pero es fulgentísima estrella blanca en que, á modo de espejo, ve la memoria retratados y como vivientes los días y los sucesos de aquella edad risueña.

Cuando la juventud del año, cantada por la poesía y la música de los cármenes y bosques granadinos, llama á nuestras puertas ¿quién no se acuerda de la juventud de la vida?

El genio de la muerte pasó aleteando como ave de rapiña sobre trozos corrompidos y amputados de este gran cuerpo de la patria; y el sol, que ya en la anterior centuria comenzaba á ponerse en los dominios españoles, en las agonias de este siglo acaba de sepultarse en el mar, sin que se estremezca la tierra. Lo inmenso é inesperado de la catástrofe apenas irritó la

epidermis de nuestro pueblo; el golpe rudo de la caída, en vez de levantar hasta el cielo los hombros y brazos del vencido, lo dejó abatido en el polvo, como gladiador que solo fuese el triunfo á su musculatura y se encontrase á la postre con que había perdido todas sus fuerzas. Y he aquí que nos hallamos reclusos por la fuerza bruta en este hogar, del cual salieron nuestros abuelos á civilizar un continente nuevo.

Pasados los primeros momentos de estupefacción, España se dió cuenta de sus propias heridas y se vió en medio de dos legiones: la de aquellos que la habían arrojado al precipicio y eran impotentes para curarla y fortalecerla; y la de quienes, en la necesaria y urgente labor de reconstitucion de la patria, podrían ser esperanza para que un futuro risueño se convirtiese en un presente próspero. Por ello, todas las miradas y las aspiraciones todas se fijaron en la juventud.

¿Podía ser, puede ser esta la levadura con que se amase el pan que ha de dar salud y vigor á España?

No es prudente contestar á *a priori* tal pregunta. Permitidme que eche un pudoroso velo sobre el cuadro de nuestra juventud en general y me de-

tenga solo en el estudio de lo que es y puede ser nuestra *juventud literaria*. Que no pretendí hacer al tiempo esclavo de mi palabra, ni quiero rebasar los límites de vuestra paciencia.

Se ha hablado y se ha escrito tanto de este asunto, señores! La mera exposición de las diversas opiniones y criterios que en la prensa periódica, en las academias y en los libros ha provocado el discutir si existe ó no juventud literaria entre nosotros, si tiene estos ó esotros vicios y defectos, si hay que esperar de ella mucho ó poco, brindaría materia sobrada para varias noches á quienes *in omni re scibili* gusten de enfrascarse en esos análisis prolijos, de los que la generalidad huye. Conocido el pecado, no he de incurrir en él.

Ceguera incurable ha de padecer necesariamente [quien afirme—como una famosa novelista—que la juventud literaria no existe. Basta no tener lentes delante de los ojos y mirar. Yo no diré que sea numerosa, ni juzgaré previamente si muchos de los que en esa legion figuran merecen, almas pobres y viejas, ser respetados en sus filas únicamente porque, apenas les apuntó el bozo, fueron á llenar en la prensa con sus escritos el hueco des-

tinado á la vulgaridad.

Envenenada por la herencia, viciada, irresoluta, anémica, estragado el gusto, vacío el cerebro, rebelde la voluntad á toda pauta, pronta á la imitación ó al remedo de patrones exóticos, yo he visto á gran parte de esa juventud abriéndose paso desesperadamente en la lucha por la existencia.

Yo la he visto en Madrid vivir al día, sin volver la mirada atrás ni pensar en el mañana: unos aferrados al yunque de una labor fatigosa, anónima y casi siempre estéril; otros queriendo resucitar la antigua bohemia, soñando con los *cabarets* parisienses, llamando al orden, á la formalidad y á la limpieza pruebas inequívocas de estulticia, buscando el genio y la inspiración en el fondo de la copa de ajeno ó en las inyecciones de morfina; estotros humedeciendo con la adulación rastrera los peldaños de las redacciones de periódicos ó asaltándolas con intrigas; aquellos vistiéndose y profanando la respetable investidura de la crítica para escalar por tal medio la escena con engendros que, sin el medro personal, seguirían *in æternum* su peregrinación mendicante por los teatros; esotros, en fin, prostitu-

yendo su pluma y su lengua, esclavas de todas las miserias del alma y del cuerpo.

Cuadro nigérrimo es este, verdad; pero la realidad no es menos sombría y el espejo no puede transformarla.

Max Nordau atribuye al malestar é inquietud del espíritu el aumento progresivo que en el consumo del alcohol y del tabaco ofrecen las estadísticas y advierte que la inclinacion al opio y á la morfina se extienden de manera alarmante entre las personas que pasan por ilustradas, las cuales se arrojan ávidamente sobre todo nuevo medio de aturdimiento y de excitacion descubierto por la ciencia, siendo esa la causa de que al lado de los bebedores de alcohol y morfina veamos otros bebedores habituales de cloral, cloriformo y éter.

Temerosos de extraviarnos en esta noche sin término, detendríamos aquí nuestros pasos, si al lado de tantas aberraciones, (con que una esterilidad rebelde se propone hallar en el artificio la fecundacion que le negó la naturaleza) no encontrásemos en el punto mismo en que el mal cunde y pasea en carroza descubierta á la vista de todos, á los que toman el arte como

un sacerdocio, como una necesidad del alma, como alfa y omega de los ideales más hermosos del hombre.

No topareis con ellos de manos á boca. Apartados de los zánganos de la colmena social, labran en las celdillas de su retiro, delante de los pupitres de la biblioteca ó en un rincón de su gabinete de estudio, la miel hiblea de la inteligencia, extraída de las flores de la investigación y dulcificada y derretida al calor vivificante de la naturaleza.

Como son los menos, pasan inadvertidos ante la muchedumbre. No pierden el tiempo en vanas declamaciones; su trabajo es individual, constante y sólido; rehuyen las pantomimas y ejercicios acrobáticos en las letras; entienden que «las lamentaciones de la desgracia suelen ser más indicio de cobardía que de dolor», y que «no hay lágrimas tan consoladoras como las que, en vez de asomar á los ojos, salen por el cerebro trocadas en ideas fuertes»; y sin desfallecimientos, con la perseverancia de la fé y con los altos estímulos del ideal, ahondan en las minas de un pasado esplendente y saturado de vida, hasta dar con el espíritu misterioso de nuestro pueblo.

Que ahora más que nunca estamos

aquí necesitados de un centro de energía espiritual que radique en nuestro propio suelo y cuyas corrientes resuciten á los muertos y despierten á los aletargados, en un supremo y regenerador sacudimiento.

Ah, señores, si toda la juventud fuese como estos aislados apóstoles de la idea!

Por desgracia, *son pocos los escogidos*. La juventud literaria en nuestros días padece enfermedades y tiene defectos, que pudieran ser incorregibles, sin remedios heróicos que hagan frente al mal y lo extirpen en su raíz.

La ideofobia va atrofiando su inteligencia, que más que facultad parece órgano, por lo apegada que está á la materia.

La observacion refleja los hechos. Para la juventud, todos aquellos conceptos que necesiten pasar por el tamiz del raciocinio para ser aprehendidos por la mente son abstrusas é inextricables metafísicas, indignas de ser tenidas en cuenta por los hombres en este siglo de ilustracion y de progreso. Los procedimientos oscurantistas no encajan en los moldes de la cultura moderna! Hoy se vive más de prisa y hay que impedir que á la anemia del cuerpo se una el desequilibrio



del espíritu! En las aulas, con aprenderse los textos de memoria, entiendo de la juventud que se hace demasiado! ¡En la prensa..., como es profesion libre, con tener piés ágiles, enseres de escribir, el Larousse bajo el brazo y recortes de publicaciones sobre la mesa, es cosa fácil hacer periódicos y libros! En el teatro... el lucro es lo principal; la originalidad ¿para qué sirve? ¿se ha escrito ya tanto de todo! Como el público es olvidadizo ¡á qué fatigar la imaginacion! halagando sus pasiones y gustos depravados, cortando y cazando trozos y escenas enteras de obras ya representadas y aplaudidas, dando por indígenas plantas exóticas, traduciendo y arreglando á nuestra escena el teatro extranjero, el triunfo es seguro y el problema del *trimestre* está resuelto. En la crítica.... ¿para qué sirve el esfuerzo intelectual? Para qué las ideas? La audacia afortunada, la cita de diez ó doce nombres raros y algunas lecciones de esgrima dan condiciones para hablar mal de todo.

Apena el ánimo considerar que nuestra juventud no solo siente el horror á las ideas, sino que tambien de la voluntad está enferma. Y necesariamente tenia que ser así, porque sin el

cultivo de la más noble de las facultades psíquicas, sin el conocimiento de la verdad, el deseo es semilla arrojada en los zarzales. Allí donde el rayo dorado del ideal no penetró, la voluntad es cisterna sombría de aguas muertas.

Cierto que en todos los españoles se observan los caracteres de esa enfermedad que se conoce con el nombre de *aboulia*, á cuyo estudio consagró algunas páginas el malogrado Ganivet en su *Idearium*; pero, si en nuestro pueblo nótase la debilitación de la voluntad para realizar los actos libres, en la juventud literaria parece extinguido por completo ese principio potencial de movimiento. Atada al carro de las modas parisienses, ya caricaturiza figuras, ya imita las extravagancias importadas á Francia de los países orientales, ya disfraza y corrompe el arte con la pública presentación y descripción de los más groseros apetitos, ya sentada entre la duda y el hastío espera indolente que la luz venga de las literaturas del Norte, pasando por el Sena.... Nada que arranque de las entrañas propias! Todo imitación, todo de prestado: ¡hasta la forma misma en que el escritor, el periodista ó el literato vacía sus ideas!

Si en la juventud no residen el po-

der y el querer ¿donde hemos de buscarlos?

Hijos bastardos, que ocultan el nombre de su madre—llamaba un crítico á nuestros escritores jóvenes, y calificábalos como en puridad de verdad debían ser calificados.

Les ha faltado el caracter, fortaleza avanzada inquebrantable contra toda invasion, y se han alistado en banderas extrañas. No supieron trabajar con sus manos las joyas y adornos del propio estilo y pidieron prestados exóticos diamantes falsos, espejuelos de la vanidad. No hallaron en sí nada que aprender y se plegaron á esas agrupaciones inútiles que se denominan pomposamente *escuelas*. Viven en una atmósfera artificial, arrebatan aquello de que carecen y se asustan de la luz.

La hipocresía triunfa, y la sinceridad, que informa las almas nobles, es perseguida con ensañamiento hasta en sus últimas trincheras, porque si su voz llegase á los templos de los ídolos, removidos sus cimientos de arena, vendrían á tierra las estátuas. No es extraño que la sociedad moderna, agitando en un ambiente de fingimiento, sienta una sed ardiente de sinceridad. El dia en que esta venza habrán

disminuido notablemente las filas del ejército del Arte, pero el Arte habrá ganado.

Hay que estudiar las cosas en su esencia; hay que llamarlas por sus verdaderos nombres. Hay que poner un pié en las bibliotecas y el otro en la vida que bulle á nuestro alrededor, restaurando los ideales de cepa castellana y de espíritu español y amoldando á esa raíz de nuestro caracter las levantadas aspiraciones del alma contemporánea, limpias de la escoria del arroyo, henchidas de aire purísimo de las alturas y bañadas en el manantial que no se agota de la naturaleza. Hay que mimar la planta de la individualidad, si queremos que detras de nosotros quede siquiera un rastro de luz. No se dirá con razon que el estilo es el hombre, si nuestro caracter no está en él, si no hemos impreso en nuestras obras un sello personal inconfundible. Pero es preciso no olvidemos que el sello personal no es mercancía que se adquiere á nuestro antojo, antes bien sale de la producción espontáneamente, sin reflexion de nuestra parte, como de la flor el fruto.

No convirtamos la personalidad en personalismo, en esa egolatría que hoy está tan en boga, y que lejos de duda

es una de las plagas mas funestas á las letras.

No existe, no puede haber arte en esas neurosis literarias que entenebrecen y perturban la intuspeccion del artista; ni en ese lirismo enfermizo, que afemina los espíritus en una atmósfera de azulada simplicidad, ó que, vistiéndolos perpetuamente de negro, pone en sus labios cantos afrodisiacos ó gemidos de plañidera; ni en ese furor iconoclasta que derroca de sus pedestales las bellezas clásicas para colocar sobre el ara la vulgar insulsez ó el descoco nauseabundo; ni menos aun en esa arlequinesca comparsa, mascarada de fin de siglo, que desfila ante nosotros y en la cual tremolan sus banderas decadentes y modernistas, delicuescentes y estetas, impresionistas y parnasianos, coloristas grotescos y felibres.... Dejadlos pasar. Las lluvias enturbiaron el torrente y el torrente se desborda.

Nuestra tierra no es tierra abonada para que de ella se nutran y vivan, tales parásitos. Desembocará y se perderá ese torrente en el mar de las locuras humanas; y, si sus aguas no inundaron nuestro jardín ni inficionaron el aire que respiramos, si el pesimismo y el excepticismo que la moda

impone no emponzoñaron los manantiales en que bebemos. el árbol del arte guardará bajo la corteza seca y por los vientos azotada y endurecida rios de savia vital. Su raíz «retoñará en cuanto las condiciones atmosféricas favorezcan su desarrollo.»

¿Donde están las victorias del naturalismo que parecía iba á dominar al mundo? Su vida ha sido más efímera que la de aquella tendencia contra la cual se levantó como protesta. Los templos que Nietzche, Ibsen y Tolstoi abrieron al anarquismo literario, al simbolismo y al neomisticismo están vacíos. Los que, llevados de la curiosidad, se acercaron á conocer sus dogmas y ritos, presto huyeron.

Cansada y maltrecha de su vagar continuo, la juventud se ve sorprendida por espesas sombras que caen de aquellas cumbres á las cuales ascendió para hallar solamente la conciencia de su propia pequeñez, el vacío del alma, de un lado cráteres de volcanes apagados, de otro abismos espantables. La noche le sorprende indecisa en un punto en que convergen varias sendas. ¿Cual elegirá que no la lleve al precipicio?

La brutal dominacion del hecho, que la filosofía moderna proclama, es

incapaz de resolver los grandes problemas del arte, y de satisfacer las vehementes necesidades del espíritu.

Entre las cenizas á que redujeron el ideal las generaciones que nos precedieron hay que descubrir sus últimos rescoldos, producir de nuevo, la llama, levantarla sobre nuestras cabezas y colocarla en los abandonados altares del arte, para que su resplandor despierte en todos los corazones la luz de la fe y el fuego y amor santo de la patria.

Deje de bostezar nuestra juventud, rompa las moldes de *la vanidad*, de *la pasión sexual* ó *del tedio de la vida* en que está encerrada como en un laberinto, no confunda el brillo nativo de la originalidad con el oropel de la extravagancia, y huya de las modas literarias que disfrazan nuestro carácter, cuando no lo asfixian bajo su peso. El arte no se nos ha dado para llorar lágrimas de impotencia sobre el público que nos lee ó escucha. ¿Qué, la humanidad no se ha visto agitada en todos los tiempos por ansiedades no satisfechas, por dolores que parecen incurables, por huracanes de ideas cuya explosion se temía destruyese la sociedad hasta en sus más hondos cimientos? No son privativos del alma

contemporánea los sentimientos y necesidades cuyo monopolio quiere tener la gente joven de nuestros días. El arte no debe ser una máquina fotográfica que recoja, guarde y reproduzca la realidad con todas sus impurezas y deformidades: es y debe ser un prisma de cristal, en que la belleza ha impreso sus colores y al través del cual los espíritus delicados, los verdaderos artistas, ven la vida.

Para aplacar esa sed devoradora se nos brinda el nectar de nuestro genio en el hermoso y heredado vaso de nuestro idioma. Ved que, cuando en América ha desaparecido hasta la sombra de la dominación española, diríase que se han acortado las distancias y que estamos más unidos que nunca, con la unión desinteresada y noble única posible. No han ido estas corrientes de afecto y aproximación desde las costas de la Península á las playas hispano-americanas: es la América latina la que tiende los brazos de su amor redivivo á esta hidalga y vieja matrona que derramó sobre aquellas selvas vírgenes los torrentes de la civilización y los tesoros de su lengua: la vieja matrona que, más digna de nuestro cariño cuanto más desgra-

ciada, á todos nos cobija á la sombra de su bandera.

Nadie mejor que la juventud literaria puede alentar y fomentar esas corrientes entre pueblos por cuyas venas circula, caliente todavía, la verdadera sangre del espíritu español.

Hora es ya de que todos despertemos.

Trabajemos por la patria, trabajemos por la prosperidad de la region para gloria de la patria. Pongamos nuestros esfuerzos en el noble empeño de demostrar que la region andaluza, la más bella y la de naturaleza más rica de España, tiene literatura, tiene arte, sabe crear la belleza y rendirle culto.

Voy á terminar, señores. Todo el secreto de la grandeza futura de nuestro pueblo en la sinceridad radica. Seamos siempre y ante todo sinceros y asentemos el arte del porvenir sobre tres piedras incommovibles: la claridad, la sobriedad y la sencillez.

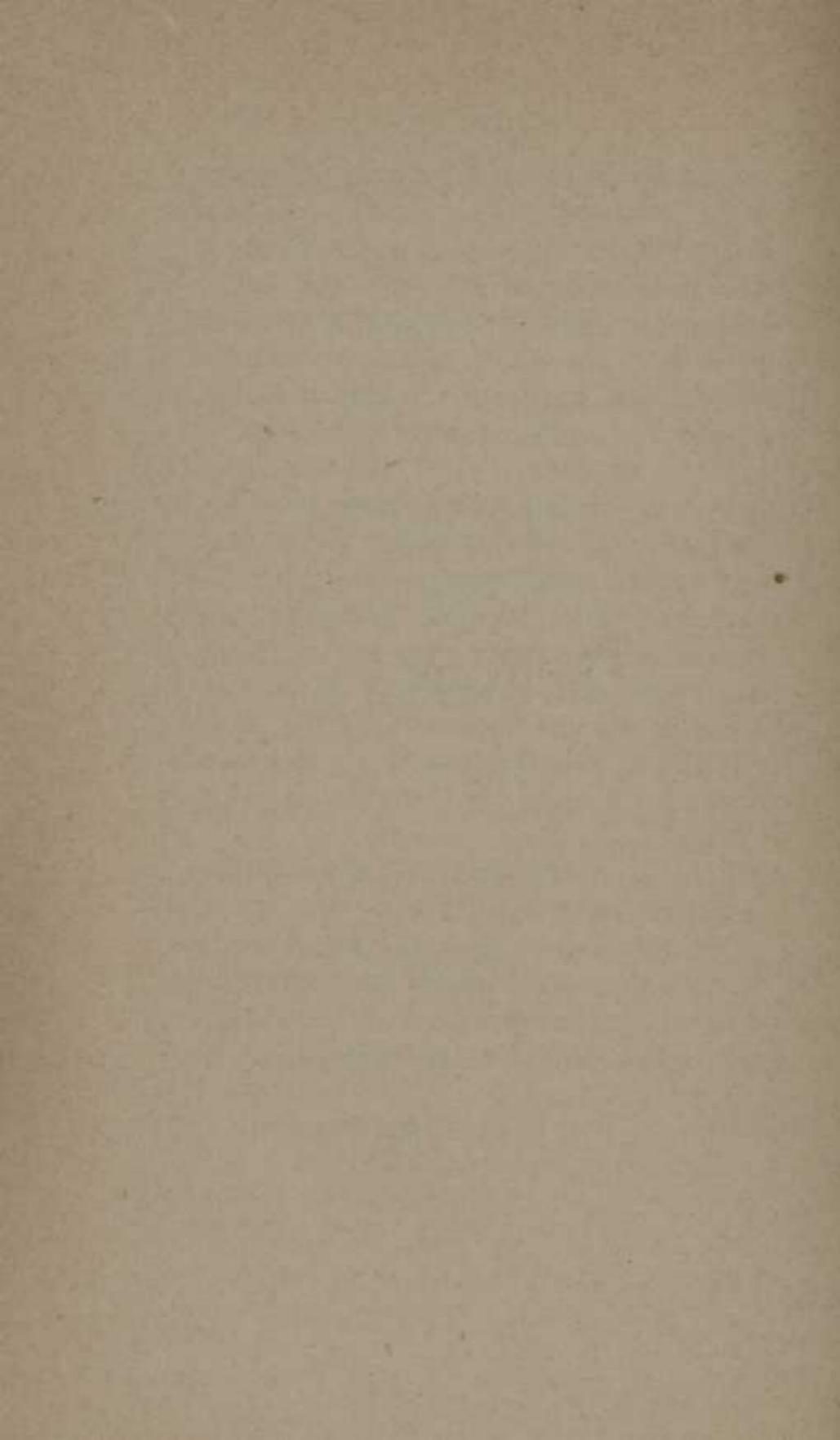
Cultivemos nuestro huerto y sea el recuerdo de tradiciones gloriosas poderoso estímulo para ahondar en este suelo y subsuelo que tan en poco hemos tenido hasta hoy. Abramos las ventanas de nuestras viviendas para que el aire libre y perfumado de los

campos oree el viejo hogar que humedeció la lobreguez; abramos de par en par y ventilemos las escuelas para que en ellas se robustezcan las naturalezas enfermizas; no obstruyamos el paso de la luz solar en las aulas universitarias, para que el calor que desciende de lo alto despierte en la letra muerta el fuego vital del espíritu; destruyamos las techumbres de la hipocresía cobarde y de las preocupaciones funestas, que el aire libre es sano y al aire libre el trabajo es incienso que se difunde por los espacios, que purifica la atmósfera y en que se asfixian los insectos del arte.

El ideal revive. A la juventud toca hacer la cruzada de las letras y las artes.

¡Ojalá, al alborear un nuevo siglo, podamos ver á este Liceo, que en el culto de ideales vigorosos encontró la savia de sus días prósperos, convertido en portaestandarte de la literatura regional y centro de sus energías!

HE DICHO.



Poesías leídas.

Primavera.

Risueña juventud de años felices,
ante tí me prosterno
y al pie de los naranjos de mi Sierra
busco tus dulces y calientes besos.

Primavera gentil: valles y prados
cubren con verde túnica su seno
y vierten ya tus ánforas azules
risas, flores, suspiros y recuerdos.

Ya la savia fecunda los retoños,
ya á tu boca de fuego
acuden á beber las golondrinas
torrentes de amantísimos gorjeos.

Resucita el amor; la sangre ardiente
bulle febril en los dormidos cuerpos
y enciende voluptuosas las pupilas
y aviva en el espíritu el deseo.

Despierta la creación á tus hechizos
y adorna con violetas tus cabellos;
primavera, sonríe, que las copas
llenas están de néctares añejos.

Los dilatados campos de esmeralda

se estremecen al soplo de tu aliento
y las nieves, cautivas en el monte,
bajan al llano en límpido arroyuelo.

Reina de Abril, descansa aquí á mi lado,
plega el cendal del aterido invierno,
pon el suave perfume de tus rosas
y el canto de tus aves en mis versos....

En labios de carmín brota el idilio
es más azul el cielo
y del balcon á los cristales llaman
pájaros é ilusiones de otros tiempos.

Te he sentido llegar, de tu vestido
al roce he despertado de mi sueño;
surcos graba el dolor sobre mi frente,
mas bórralos la lluvia de tus besos.

Eterna juventud de años felices,
tuyo es el Universo.
¡Hasta el amor, tiraxo de los mundos,
queda en tus brazos y en tus ojos preso!

RODOLFO GIL.

Salutación.

Errante juglaresa,
la musa cordobesa
los granadinos cármenes visita,
en sus cabellos prende vuestras flores
y canta con voz fresca sus amores
al pié de vuestro alcázar nazarita.

En su alma soñadora
ríe la vida ó llora,
tiene moreno y pá'ido el semblante,
cuerpo y andar de reina y sus miradas
refulgen en las noches azuladas
con el fulgor que ciega del diamante.

Como acerada flecha
rasga el aire su endecha
por la sangre de amor enrojecida;
y, coronada de albos azahares,
yerguese en vuestras fiestas populares
al sentir el calor de vuestra vida.

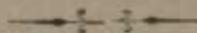
Que la vida es belleza,
y aquí Naturaleza
sus tesoros espléndida derrama,
y en un cie'lo de nácar el sol brilla

con destellos robados al Montilla,
que el sacro numen de mi tierra inflama.

Ya, de luchar cansado,
reposo á vuestro lado
y mi espíritu anega la alegría.
Cubierto con el polvo del combate,
al fin retorna el desterrado vate
á este bello rincón de Andalucía.

Errante juglaresa,
la musa cordobesa
se postra ante la musa de Granada,
que, en noches melancólicas de luna,
con dulce voz su kásida moruna
repite como esposa enamorada.

R. G.



La copa de la muerte.

(Leyenda granadina).

Al poeta Miguel Gutiérrez.

I

Espíritu inmortal de la leyenda,
que en las terres de Ilberis dormitas:
no pudiste soñar mejor vivienda
que la árabe ciudad de las mezquitas,
¡corte, nido de amor, altar y ofrenda,
que alzaron á su Dios los nazaritas!

Yo no te he de invocar, genio sagrado
de la viviente tradicion. Tu flotas
en el espacio azul. Polvo dorado,
recubres de oro las almenas rotas
y á tu acento espirante y prolongado
mézclanse del laud las dulces notas.

En la calleja triste y solitaria,
en el viejo palacio derruido,
en la gruta musgosa, en la plegaria
de un noble abencerraje convertido,
en la marmórea cripta cineraria,
con ecos de otra edad, tu voz he oído.

Y aún del Jenil en la corriente brilla
la estela de tu paso; aún perfumada,
del río Dauro en la encantada orilla,
tus recuerdos evoca emocionada
la musa esplendorosa de Zorrilla,
que siempre fué la musa de Granada.

Yo la quiero seguir, porque es tu sombra;
sus canciones imitan tus canciones;
en sus versos hay luz cuando te nombra;
descifra las morunas inscripciones,
flores te da la Vega por alfombra
y soberbio dosel los torreones.

El rumor de la fuente en la espesura,
la borrosa leyenda, el arco airoso
que bordó una genial arquitectura,
el jardín olvidado y oloroso,
el vetusto midzan, que en noche oscura
vela el yerto cadáver del coloso,

todo me habla de tí. Doquiera impreso
de tu mano el poder hallo y admiro.
Ven á mí, tradición: tu casto beso
reanime el sacro fuego en que me inspiro
y, si ceden mis hombros á tu peso,
un suspiro de amor sea mi suspiro.

II

Tiernos poetas, dulces cantores
á quienes brindan todas las flores
su último olor:
con quienes sueñan enamoradas
las almas vírgenes en las sagradas
noches de amor;

Guzlas templadas
en el dolor:
ya vuestras cuerdas no estén calladas;
que su sonido,
como un gemido, rasgue el espacio;
que vuestro acento,
con mi lamento desgarrador,
baje á la tumba, llene el palacio,
pueblo de sombras el alminar;
y en la corriente
brame imponente
y lo repita la ola del mar,
porque lo aprenda la caravana,
que en la remota playa africana
llora á Al Andálus en su aduar.
Entre las grietas de las ruinas
¡cuánto, poetas,
cuánto aprendí!
Las granadinas
quizá olvidaron
una leyenda que me contaron
y que yo os cuento como la oí:

III

Triste está Miriem Zelima
la hija del walí Aben Adha:
que su mal es mal de amores
lo dicen claro sus lágrimas.
Libre y hermoso es su cuerpo,
mas tiene cautiva el alma
en los labios y en los ojos
del noble Ibrain Abdálah.
Caballero más gallardo

no le hubo en toda Granada;
vencedor siempre en los juegos,
siempre galante en las zambras,
jamás conoció rivales
ni en el amor, ni en las armas.
Si timbres de gloria dicen
lo ilustre de su prosapia,
tiene un corazón que vale
por todos los de su raza:
y ese corazón entero
es y será de su dama.
Se lo juró muchas veces
á su Zelima encantada
en el palacio mármóreo
que más es prision que alcázar.
Oyó Aláh su juramento
y su palabra es palabra!

Pero Zelima está triste
y ríe con risa amarga,
su pesar disimulando:
su padre quiere casarla
con el hijo del walí
de Córdoba la sultana...
¿Que han de hacer los pajarillos
entre las uñas del águila?
Lloró suplicante en vano
la doncella enamorada,
desbordó en frases ardientes
el afecto de su alma
y contestó á la luz tibia
el trueno de la borrasca.
Ricos presentes cambiaron,
diéronse mútuas palabras
el rey Said-Dola-ben-Hud
y el granadino Aben Adha,

jugando quizás con fuego
en este juego de cartas:
y así quedó satisfecha
del cordobés la demanda.
Las estrellas que refulgen
en el cielo de Granada
son lágrimas que Zelima
vertió, al perder su esperanza.
Río Dauro, río Dauro,
de hoy más llevarán tus aguas,
con oro de tus arenas,
las perlas de la cuitada.

IV

Dos horas há que Ibrain
de pié aguarda á su Zelima:
dos horas, sin que la dama
acnda tierna á la cita;
dos horas de horrible duelo
para la amorosa niña
que ve yá mustia y ajada
la flor de sus alegrías.
Para acallar su impaciencia,
sabedor de su desdicha,
coge Ibrain en sus manos
el laud, que ronco vibra,
y entona con voz ahogada
un a kássida morisca:
—«La noche avanza, sultana bella,
la noche avanza
y, en lontananza, triste y perdida
miro la estrella
de mi esperanza.

Sal, pues, mi vida.
Sal, mi señora,
que aún no ha tendido su tul aurora
sobre el Oriente
y ya resbala por tus mejillas,
el llanto ardiente.
¿Por qué á la pena
débil humillas
tu blanca frente?
Nivea azucena,
seca tus ojos encantadores,
en tu semblante vea los colores
que envidia han dado
á las más frescas tempranas rosas
de Alejandria
y sea tu boca flor de granado,
en la que un dia
se detuvieron magestuosas
las mariposas de la alegría.
Sultana mía,
calma el tormento de tu amargura,
que el mal de amores con fé se cura;
y en tanto aliente mi corazón,
mientras la fuerza vibre en mi brazo,
no habrá un valiente
que rompa el lazo
de mi pasión.
No llores, niña; sal ya, bien mío;
tú eres la reina de mi albedrío;
las tiernas lágrimas de tu aflicción,
como el torrente cae sobre el río,
vienen y amargan mi corazón.»
De la noche en el silencio
perdióse la amante kássida
y á poco sonó en los éires

la música regalada
 que la doliente Zelima
 de su cítara arranca^{ba}:
 —«Pierde cuidado, mi bien amado,
 —Miriem decía—
 pierde cuidado;
 tú eres el dueño del alma mía,
 te la he entregado
 y á ningun otro se la daría,
 Ya muchas veces te lo he jura lo;
 vive y confía.

Que si mi padre logra su empeño
 y á mi ventura pone acechanza,
 de mi hermosura no será dueño
 el que ha buscado su bienandanza.

Ibrain amado,
 yo tambien sueño con la venganza.»

Miriem cayó. Aspero y seco
 sus frases repitió el eco,
 apagado en lejanía.

Y, en su desdicha pensando,
 se iba el doncel alejando
 cuando se acercaba el día.

V

—¿Es esa la ciudad de cuya fama
 tuvo envidia Bagdad? Córdoba triste
 ¿qué fué del esplendor de tu pasado?
 ¿Dónde la hue la está de tus Emires,
 ¿Cómo tan presto se perdió en tus calles
 el plácido rumor de sus festines
 y el piafar de los árabes corceles
 que de la guerra tornan invencibles?

Ya la lucha de hermanos contra hermanos
el Califato hundió; ya los walíes
aventan las cezizas de una raza
que solo en el recuerdo alienta y vive.

Quedan aún guerreros esforzados,
que la sagrada púrpura se visten;
príncipes generosos, que en las justas
su férrea lanza victoriosa esgrimen;
cantores populares, cuyos versos
la muchedumbre estática repite;
y galanes apuestos cuyos rostros
con la belleza femenil compiten.

Y así Amad Dola es. No le aventajan
los mejores valientes paladines;
batallador, discreto, enamorado,
lo mismo el pecho de las damas rinde,
que lidia un toro en las alegres fiestas,
ó juega una sortija, ó noble mide
su espada con la espada del contrario
que, en el torneo, audaz se le resiste;
y siempre cae de su lado el premio
y en armas y en amor siempre es temible.

Disputábase las damas cordobesas
una dulce mirada de este príncipe:
mas él, como palmera solitaria,
quizás muere de amores ¡y está triste!
Nadie conoce el mal que le atormenta.
¡Cuántas noches su padre en los jardines
del palacio le halló! ¡Cuántas el llanto
nubló sus dulces ojos! Los del lince
tiene Said-Dola y el pesar comprende
que el tierno corazón de su hijo oprime.
Quiere salvarle y al wali Aben-Adha
su hija Miriem para Amad Dola pide.
Alianza y amor su carta lleva.

He aquí la carta que Saïd recibe:

«A Saïd-Dola ben Hud,
rey de Córdoba. Salud.
Llena de satisfaccion,
accede Miriem Zelima,
que como su padre, estima
vuestra honrosa peticion».

A las auras que vienen de Granada
su corazon les abre el joven príncipe,
tiñe el carmin de nuevo sus mejillas
y á la esperanza su pasion revive.

VI

El noble walí de Córdoba
camino va de Granada
y, arrogante caballero,
con él Amad-Dola marcha.
Mucho corre por los campos
la lujosa cabalgada,
pero el amor va delante
de la hermosa yegua baya.
Tres dias han transcurrido,
cuando ven Sierra Nevada:
tres siglos, dice Amad-Dola,
que los cuenta por sus ansias.
Ya ven la ciudad; ya sale
á esperarlos Aben-Adha;
ya la regia comitiva
de Ataubin la puerta salva;
ya triunfalmente recorren
los tres las calles y plazas;
ya Aben-Adha los hospeda
del Albaicin en su alcázar.

Y Amad-Dola, no pudiendo
contener su gozo, exclama:
—«No te olvidaré en mi vida.
¡Bendita seas, Granada!

VII

Como vision fantástica de la abrasada mente,
cual sueño delicioso de tierno adolescente,
como encantada gruta de rosas y azahar
abrióse aquel alcázar á la aturdida vista
de aquellos regios huéspedes de corazón de artista
que tal alojamiento no cesan de admirar.

Sus mármoles preciosos le dió Sierra Nevada,
de sus jardines cuida la mano de algun hada,
retrátase en sus fuentes azules el Eden;
de todas partes llegan suavísimos rumores,
agítanse en el aire las hojas de las flores
y donde quie'a véense las huellas de Mirien.

Las cúficas leyendas, el rico artesonado,
con profusion de oro y nácar adornado,
las mágicas columnas que el cordobés soñó:
de sus extensos patios los lindos pabellones,
marmóreas galerías y pardos torreones
en éxtasis purísimos el alma contempló.

Mansion encantadora donde Mirien habita,
mejor que régio alcázar te creen una mezquita
los que tu fondo admiran por gracia del walí;
dulce «gacela» entonen tus frescos surtidores,
que pronto, convertida en un nido de amores,
felices los esposos vendrán, mansion, á ti.

Los vasos más hermosos que ofrece Alejandria,
los más ricos tapices que fabricó Almería,

esencias y perfumes de Arabia y de Sidon;
cortinas de oro y seda, y cofres repujados,
y cueros famosísimos en Córdoba labrados,
y exóticos jarrones, traídos del Japon;
y perlas argentadas del golfo de Batsora,
y encajes que parecen tejidos por la aurora
ó velos que de espumas formó la mar azul;
bordados damascenos, espléndidos cojines,
chapines que parecen estrellas ó jazmines,
y púrpuras de Tiro y alhajas de Estambul:

Cuanto anhelar pudiera, febril y enamorado,
el pecho de Amad-Dola, su padre le ha comprado
y de Miriem Zelima rendido está á los pies:
aquella es su riqueza, su dote, su tesoro...
y sedas y brocados, piedras y joyas de oro,
por sola una palabra las diera el cordobés.

Más ¡oh! que está dormida la frase codiciada
en esos mados labios que envidia la granada
y en que perdió la risa su fuerza juvenil.
Por los jardines corre la niña catadora
y siguela su amado con la mirada ansiosa
hasta que al fin la oculta las rosas del pensil.

.
.

Acércanse los días de la fiesta,
Varia, lucida y armoniosa orquesta
nueva y júbilo lleva á la ciudad.
Acuden de otros reinos las wa'ies
á Granada la bella, y los faquíes
piden para Miriem felicidad.

VII

«Un rival, que os aborrece
y exterminar ha jurado
á quien aspire menguado
á Zelima poseer,
del rio Geuil á la orilla
os aguarda con su acero:
pues que os llamais caballero,
probad que sabeislo ser.»

Así el billete decía
que, en víspera de la boda,
hizo llegar Ibrain
á las manos de Amad Dola.
No ruge herida la fiera
como el príncipe de Córdoba,
al recibir tal ultraje,
que acrecen su amor y cólera.
Busca sus mejores armas,
viste sus mejores ropas
é, hijo del rayo y del aire,
su mejor caballo monta.
Fuego lanza por los ojos,
fuego de la tierra brota:
que, cuando el casco del bruto
sobre el pavimento choca,
chispas de odio y de venganza
las mismas piedras arrojan.
Vedle, en su corcel brioso,
cual saeta voladora,
esquivando las miradas
de su séquito en la sombra,
dejar su casa, marchar

por las calles tortuosas,
salvar la fuerte muralla
que la ciudad aprisiona
y llegar á la hora y sitio
en que Ibrain lo provoca.
Solo va, porque él se basta
para dejar limpia su honra.

Valiente es el granadino,
si arrojado es Amad-Dola;
como él, de figura apuesta,
la fama entre ambos se postra;
el cariño de Zelima
se disputan y uno sobra.
Armados de todas armas
se encuentran y se devoran
con la vista; los dos lucen
finas bordadas marlotas;
al cruzarse, sus miradas
cual fieras espadas cortan.
Sin pronunciar una frase,
pues que la palabra estorba,
con sus lanzas se acometen
y harto en sus golpes se nota
que unirá la muerte á uno
si á otro ríe la victoria.

A poner paz entre ambos
corre un santón; mas no es hora,
que, al embestir furibundo
el cordobés Amad-Dola,
siéntese muerto Ibrain
y del corcel se desploma.
Cuando el alfaquí se acerca,
tinto está en su sangre roja
el valiente granadino
que Miriem Zelima adora;

mientras, clavando en el bruto
 su espuela de oro, retorna
 á Granada el heredero
 del rico walí de Córdoba.

IX

¿Qué oculto duendecillo le ha contado
 á la hija de Aben Adha
 la muerte de Ibrain?
 ¿Por qué, al dejar la noche su reinado,
 despierta la alborada
 la halló en su camarín?
 ¿En donde está el espíritu protervo
 que derramó en su oído
 la hiel de la aflicción?
 Al golpe cruel de este dolor acerbo,
 sintiose en dos partido
 Zelima el corazón.
 Y atravesó los ampíios correlores,
 desesperada y loca
 diciendo su pesar;
 y la voz de sus trágicos amores
 brotaba de su boca
 cual rugido del mar.
 De su padre tiránico hasta el lecho
 la virgen desolada
 resuelta se acercó,
 y de su triste y desgarrado pecho
 como flecha acerada
 la palabra salió:
 —«Padre y señor—dijo Miriem llorosa—
 mi amado ha sido muerto,
 lo ha muerto el cordobés;

librame ser del matador esposa
 ó aplaza este concierto
 de boda hasta despues.

La sangre de Ibrain justicia clama
 contra esta maldecida
 y desdichada union;

oye la voz del cielo que te llama.

Mi vida era su vida:
 ¡perdí ya el corazon!

dejad que llore al que con alma entera
 fidelidad constante
 un dia le juré;

dejad que no haya sangre en la ribera;
 mandad en ese instante
 y yo obedeceré.

—«Nunca—exclamó el wali con ceño adusto,
 nunca á tu loco ruego
 mi ley accederá.

Amad-Dola es tu esposo, haz, pues, mi gusto,
 que, si á él tu cuerpo entrego,
 decretalo así Aláh.

Ibrain y Amad Dola pelearon
 y de uno hasta la muerte
 leales fueron los dos;

los cielos á Amad-Dola auxiliaron...

Resignada en tu suerte,
 mira el dedo de Dios.

Mi firme voluntad es soberana,
 nadie la contrarresta;
 yo mando, acata fiel.

Aun es de noche: duerme hasta mañana;
 mañana... está dispuesta
 á enlazarte con él.»

Calló el wali; y á su terrible acento
 la postrera esperanza

su Zelima perdió;
y en la noche sin fin de su tormento
un rayo de venganza
de la mártir la frente iluminó.

X

Sobre las nevadas cumbres
despertó riente el día,
borrando en las flores lágrimas
que vertió Miriem Zelima;
y á la puerta del palacio
dulzainas y chirimías
regalaban los oídos
con la canción de la dicha.
Todo en la ciudad es fiesta;
que el walí nada escatima,
cuando es llegado el enlace
de Amad Dola y de su hija.
Pálida como un narciso,
cuajada de pedrería,
Miriem, sentenciada á muerte,
espera su hora fatídica.
Las ricas perlas que adornan
la garganta de la niña
no valen más que esas lágrimas
que ruedan por sus mejillas.
Crisólitos y rubies
en su cabellera brillan,
y con fulgores siniestros
resplandecen sus pupilas.
Los jóvenes á su paso
con admiración se inclinan;
danla el parabien las mozas,

ahogando quizás su envidia;
y hay luz en todos los ojos
y doquier se hallan sonrisas...
¡Oh! parece que hasta el cielo
contra su dolor conspira!
Los caballeros se aprestan
para el juego de sortija:
en la zambra y el sarao
ponen otros sus delicias.
En cazoletas de plata
quemán el áloe y la mirra
y sobre alfombras del Cairo
tapices de rosas pisan.
Llenos están los jardines
y llenas las galerías
de esforzados caballeros
y de damas granadinas.
Miriem, en medio de todos,
venganza horrible medita;
sonríen también sus labios,
mas ¡que amarga es su sonrisa!
Alegre, humilde, Amad Dola
se acerca á su prometida
y arde en su rostro la llama
del amor y de la dicha.
Ya Aben-Adha está presente
ya el alfaquí se aproxima,
consume la ceremonia
los bendice y sacrifica
sobre el mármol del enlace
á Amad-Dola y á Zelima.

XI

Las músicas alegran el palacio;
los frescos surtidores
fingen arcos de luz en el espacio
y remedan un cántico de amores.
El sol por las caladas celosías
penetra en las oscuras galerías,
ilumina los altos miradores,
en las losas de jaspe reverbera,
vierte en el Albaicín sus rayos de oro,
como si así quisiera
hacer feliz á aquel príncipe moro.

¡La flor es muy hermosa!
Mas temed, que en el cáliz de la rosa
la abeja está escondida
y, si alargáis la mano confiada,
puede quedar en sangre convertida
la risueña ilusión acariciada.

Tranquilo y satisfecho,
al lado de su amada,
come y bebe el esposo y en su pecho
brilla de la pasión la llamarada.
¡Oh! ¡mucho tardas ya, noche sagrada!
¡Sueños de amor, mullid su ebúrneo lecho!

Es llegada la hora.
Sed ardiente, una sed abrasadora
al príncipe tortura;
pide una copa de agua y con ternura
se la brinda Miriem encantadora.

Apenas á sus labios se la lleva
el anciano alfaquí impedirlo quiere
y le grita:

—No beba,

príncipe venturoso, ¡porque muere!

A apartar de sus labios se apresura
el esposo la copa, y su adorada,
creyendo ya frustrada
su trágica intención—«Es agua pura,
dice al cojer la copa entre sus manos;
mientes, santón, cual mienten los villanos.»
Bebióse la mitad de aquel veneno,
lo devolvió á Amad-Dola y dijo:—Apura,
¿no ves? Lo bebo yo: ¡si será bueno!

Apuró de la copa el contenido
el infeliz esposo enamorado
y rodó por el suelo sin sentido.
Cayó Miriem. Cumplió lo prometido.
Con su muerte, Ibrain quedó vengado.

R. G.



El Liceo en 1900.

EPÍSTOLA.

A Rodolfo Gil.

Tu carta recibí, querido amigo,
y como fiel prosigo
en mi loca afición al dios febeo,
ya que con blanda súplica lo impetras,
te hablaré de las Letras
que surgen otra vez en el Liceo.

Ya de Santo Domingo en los salones
no vibran las canciones
de los poetas. Do corrió sin cincha
ni riendas el simbólico Pegaso,
ya no existe el Parnaso,
y de Marte el corcel bufa y relincha.

Y qué? A pesar de bélicas alarmas,
las Letras y las Armas
hermanas son y amables fraternizan.
Oh! En buen hora resuenen las trompetas
donde ya los poetas
con sus lirás y cánticos no hechizan.

A época nueva, nuevo domicilio.
Murmuran que Virgilio
vive y bebe al amparo de Mecenas;
y dicen que el Liceo por sí solo
no invoca al dios Apolo,
sino á Pluto que dora sus cadenas.

Eso no importa. El vate es libre y rico
con llevar en el pico
una gota de agua y una nota,
lo mismo que ese pájaro canoro
cuyo pico de oro
coge en el manantial solo una gota.

Lo mismo. Si mañana, por acaso,
se encuentra á cielo raso,
en medio de la calle, al aire libre,
beberá y cantará: no temas nunca
que en selva ó espelunca
la ardiente espada del cantor no vibre.

No muere nunca el arte, aunque el artista
huya de nuestra vista,
tal vez á la region del cielo santo.
En gruta horrible, que disputa al oso,
y en templo luminoso,
del arte suena inextinguible el canto.

¿No lo has leído? Ya el nocturno velo
se tiende por el cielo;
dos huestes enemigas frente á frente
descansan y se aprestan á la lucha;
y de pronto se escucha
un coro que resuena vagamente.

Gran himno que se espacia, se difunde,
 de monte en monte eunde,
 y se alza, como voz de la conciencia
 de un pueblo libre, y á los cielos sube
 en la tonante nube
 gritando: ¡libertad, independencia!...

El arte es religion! Desde que el hombre
 supo decir un nombre,
 ¡belleza! dijo y dirigió á la altura
 sus plegarias: el arte ya existía:
 la sintió en la armonía
 de ave que trina y fuente que murmura.

Vió su faz en los astros rutilantes;
 sus miradas brillantes
 en el rauda fulgor de las centellas;
 en el tul colorido del celaje
 descubrió su ropaje
 y entre las flores encontró sus huellas.

.

Pero la pluma se convierte en lira.
 El Liceo me inspira,
 porque, artístico al par y literario,
 pretende ser teatro y ateneo,
 biblioteca y museo,
 y tribuna y billar y santuario.

Quiere ser! ¿Lo será? Sus tradiciones
 hará tristes girones
 ó volverá á los tiempos de su gloria?
 Dicen que con vigor se regenera
 y renovar espera
 las páginas más bellas de su historia.

Hace muy poco fué misero ejemplo.
Por el ruinoso templo
densas olas de polvo se desbordan,
insectos mil por los altares vagan,
las lámparas se apagan
y los nocturnos pájaros engordan.

No era templo de Dios sino del diablo;
mas entró en el establo
un Hércules que impuso la limpieza;
y ya las telarañas se desprenden,
las lámparas se encienden
y reina en los altares la belleza.

¿Preguntas si es verdad? Lo toco y veo
y casi no lo creo;
que es un milagro alzar de sus escombros
el palacio del arte; es maravilla
y no empresa sencilla;
y para carga tal ¿do están los hombros?

Donde quiera, si el cielo lo permite.
¡Lázaro resucite
en tiempo de Cuaresma ¡tiempo santo!
Vuelva el centro del arte y la poesía
á ser lo que solía
cuando aquí Baltasar alzó su canto!

Y cuando de Alarcon brilló el ingenio
en tan culto proscenio,
recordando amistades una á una;
y el gran Gonzalez en octava rima
á Lepanto sublima;
y honró Moreno Nieto la tribuna!

¡La Tribuna? Aun existe esa antigualla
 gloriosa: en la batalla
 del tiempo no murió; su humilde aspecto
 forma contraste con el lujo y gala
 de la flamante sala;
 pero, aun siendo pretérito perfecto,

ese mueble, ni rico ni luciente,
 vale más que el presente,
 por mucho que este suba en vida y ciencia.
 ¡Quién de la vieja cátedra en los huecos
 despertará los ecos,
 para escuchar lo voz de la elocuencia!

Pero callo, no digas que soy viejo,
 y me halaga el reflejo
 del tiempo que ya fué, como en la tarde
 el moribundo sol, que hacia el ocaso
 camina á lento paso;
 pero la luz que en el Liceo arde

—yo pregunto—¿es alegre y sonrosada?
 Su feliz alborada
 pasó, como la mía, y ya es machucho,
 aunque ostente vigor y fortaleza:
 su hermosa tarde empieza
 y puede, si él se esfuerza, durar mucho.

Florecerá el Liceo, si trabaja;
 si en las artes ataja
 la invasion enemiga de lo bello;
 y cultiva la ciencia por la ciencia,
 y no por la elocuencia
 de campanuda voz y erguido cuello.

411 Casi todos los centros literarios
se vuelven escenarios
do más de un charlatan se pavonea,
discutiendo los tópicos de moda,
aunque su ciencia toda
es sonora fugaz *palabrorrea*.

Si alguien llega al Liceo con tal lujo
de palabras, el flujo
se le debe curar con buenas dosis
de ideas graves, tónicas y secas;
lejos las frases huecas;
¿con hierro no se alivia la clorosis?

Pero ya va alargándose esta carta
y, si notas que ensarta
tantas y tantas frases, caro amigo,
puedes atribuirme de seguro
lo mismo que censuro;
que es fácil predicar, mas no dar trigo.

412 Y además si es tan vivo tu deseo
de entrar en el Liceo
y conocer el gremio liceista,
pasa adelante sin temor: la puerta
está franca y abierta
y nunca se cerró para el artista.

Si del Liceo nuevo con el viejo
pretendes el cotejo,
de los poetas busca al Patriarca, (1)
viejo que como Fausto se remozza,

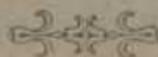
(1) D. Antonio J. Afan de Ribera.

de estro fecundo goza
y en sí la historia del Liceo abarca.

Vive el Liceo en él y por él vive:
adunadas recibe
de los jóvenes frescas impresiones,
de los viejos añejas memoranzas,
y, sembrando esperanzas,
refresca las marchitas tradiciones.

Él te podrá decir, amigo mío,
lo que al papel no fio,
porque las cosas íntimas rehuyo.
Y adios, que es esta epístola cansada.
15 Marzo. Granada.
Expresiones y sabes que soy tuyo.

M. Gutiérrez.



OBRAS DE RODOLFO GIL.

CÓRDOBA CONTEMPORÁNEA. — Apuntes para su historia literaria (1859-1895). Dos tomos en 4.º

IMPORTANCIA MILITAR DE CÓRDOBA. — Un folleto en 8.º

SÉNECA. — Poesía. Un folleto.

LA MEZQUITA-ALJAMA. — LA MEZQUITA DE CÓRDOBA. — Poesías en colaboración con M. Blanco Belmonte. Carta-prólogo de Manuel Reina.

ORO DE LEY: *Séneca.* — *Ovidio.* — *Poetas arábigo-cordobeses.*

En prensa y preparación.

LA ORATORIA EN CÓRDOBA.

EL EPISCOPADO ESPAÑOL.

